



Nicodemes-Pastor Díaz

Una cita
Anécdota

Advertencia del autor

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando a la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo, de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su Iglesia, el rumor del viento entre sus árboles o sobre sus techos, no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado.

A pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente a tan tierna memoria; y sin embargo, los había hecho. Ausente muy joven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado después en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hacia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de menos, en las tormentas de su corazón, las borrascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar

de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto le hizo creer siempre fría su expresión, y apagados y pálidos los colores con que había iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto a que los consagraba: y si no hizo lo mismo con los que a su madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público.

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares a que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días.

Verdad es que cuando en 1833 escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos después; y si bien pueden descubrirse en este otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera también parecer hoy imitación y contagio lo que bueno o malo fue entonces un pensamiento propio. Así también mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito después. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de los mismos que, le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiración avanzan.

- I -

El Anteojo

Rayaba una hermosa aurora de agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habían apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitación en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansión de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habían despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas antes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habían engalanado antes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen antes que el sol las tueste, antes que el calor sofocante de agosto las fatigue. La religión las llama, el placer las espera... Van a una romería.

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el río, la villa y el mar. No puede llamársele colina; es más alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arrancando perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una región donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última Toca es una ermita, y la rodea una

plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele a veces sentarse el genio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes: allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracán. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descenden los torrentes; los trajes de la multitud que subía por todas las sendas, parecían flores que tapizasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se había trocado en un vasto salón de fiesta.

Cubríanle por todas partes tiendas y pabellones, donde se ofrecían agradables manjares y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas e instrumentos rústicos. Había bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacía tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecía palpitar de placer, y acudir también a la fiesta. Pronto se inflaman estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El tosco violín rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, ríen, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inexplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario, sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo a sus pies los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religión es un festejo, parecían no pertenecer a la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle, aquella reunión, cuyos movimientos se veían distintamente, pero cuyas voces no podían oírse, parecía un cuadro ideal, una visión milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa a quienes hacía salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno más entusiasmado, ninguno más ebrio de alegría que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus pies ligeros bullían en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oídos de todas las hermosas, y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundía aquella mañana. Veíase, en efecto, casi enloquecido a un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaídos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus labios, comúnmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones, y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veían requebradas de repente y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. El mismo extrañaba su transformación, y no podía contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo e intenso se había hecho por un momento la inconstancia misma. Corría a todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba a otras, pero las dejaba a todas. En medio de su alegría, ninguna le fijaba ni le complacía. Su contento brotaba de su corazón mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno había allí que le adoraba; y él lo sabía. Procuraba entretener a su amante; pugnaba por hacer de la gratitud

correspondencia; pero al fin se disgustaba y huía: el amor es una tristeza continua, y aquella mañana su pecho no quería más que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta, para reposar, cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía; su corazón da un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante o indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entonces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Por qué aquel estremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilación magnética? ¿Está ausente su adorada?... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la población?... No: todas están allí. -¿Suspira en vano por alguna que venga su sexo, siendo ingrata a su cariño? No... La pasión de su amante es aún más intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar a su lado? Le separa de su querida algún obstáculo insuperable? No... Para aquella noche le ha dado una cita... ¡Ah! Esta sola idea basta para turbarle. La más terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitación, a la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado; pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campiña, y descubrir a lo menos la choza donde se alberga.

Sí; una hija de las cabañas, una joven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y civilizadas no habían podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulalia. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones, ni bajos sus pensamientos, como decían muchos nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginación, despreció demasiado a las mujeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sino el placer. Le pareció que las rosas del campo eran más fáciles de coger que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor, acabó por ser amante.

Eulalia no era una mujer común: era una doncella hermosa, cándida y tierna, sino comparable a una mañana brillante de primavera, sí a lo menos a un día puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de la rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos, como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodía; pero no es sólo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico; tienen también su atractivo y majestuosa belleza el copudo nogal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del Norte.

También hay en las playas de aquel bello país ojos árabes y formas griegas. Eulalia las tenía, y su corazón había recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada e interna; una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una inglesa. Capaz de resistir a todas las ofertas del interés, y a las

gracias más brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y más que todo, una atención delicada, una muestra de respeto, le podían inspirar la más tierna pasión. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas, sin alcanzar de ella una caricia; y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Había escuchado con desconfianza, pero con placer, las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazón, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponía pálida al verle, se envanecía de sus obsequios; y si en una solemnidad campestre la sacaba a bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentía la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreía; pero si hablaba a otra aldeana, lloraba. Luciano, atraído al principio sólo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba a través de esta firmeza, convirtió el interés en pasión. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno; pero la imaginación exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos días sin verse. Las romerías del campo o los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solía Eulalia recibir a su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido joven escalaba... -¡Qué! ¿Y eran puros estos amores? -Sí... -Y Eulalia, introduciendo en las altas horas de la noche a su apasionado galán, ¿había conservado la inocencia? -Nada más cierto. En vano el mundo se ríe de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles a los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el tosco amor en los campos de mi patria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaría heroísmo; allí basta que haya ternura. Después de un día de continuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre a su lecho de paja para dormir tranquilo, o para desvelarse pensando en su amada. Asiendo su ferrado bastón, arrostrando el frío de la noche o la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, o trepando peligrosos derrumbaderos, camina sólo y a pie dos horas, a la luz de la luna o de las estrellas, y escala arriesgado la habitación de su querida... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del día festivo que puede hablarla en el atrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos, o tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor. -Ficción, ficción, exclamarán todos; pero todo es ficciones y paradojas para los que piensan conocer el corazón humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino a convencerle.

La noche de aquel día era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulalia; pero su imaginación se asía de esta falta para prometerse a la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habían visto en ocho días; y creía él que esta ausencia habría avivado su pasión. La veía perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imagen no podía causarle tristeza, pero

sí agitación, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor más vivo con aquella memoria que le perseguía, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza a recorrer los bordes de la explanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serían más poderosas que un recuerdo importuno. Tenía delante de sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos, como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase a su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser más que el primer eslabón, y a su izquierda descubría todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su río, su villa, su puente, sus frondosos vergeles, sus campos floridos, y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo continuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atención, y los techos de pizarra fijaron más su vista que los mares, las rocas y las montañas.

Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisba su presa, percibió allá lejos, muy lejos, casi en el horizonte, la mansión de Eulalia. Más bien la adivinaba su imaginación que la veían sus ojos; y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hacia una peña, donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca, con su techo aplomado y piramidal, no parecía entre la arboleda más que un pequeño túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy lejos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un antejojo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañón mortífero, parecía que sus ojos, a través de aquel instrumento, iban a hacer una conquista. Cree sorprenderá su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento... ¿Quién sabe?... Dirige el tubo... Allí está... Pero ¡Oh fatalidad!... El antejojo no es un telescopio perfecto: los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Sólo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hieren de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado; un temblor involuntario le sobrecoige, párase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si fuera a despeñarse, y deja caer maquinalmente el antejojo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le había herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?... No lo vio. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centellaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta visión singular es la que le aterró; aquella sorpresa le comunicó un pavor extraordinario que no había sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara a petrificarse; no podía pensar, no

podía meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelleo había llegado a su corazón antes que a sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido: y Luciano, pálido, cruzados los brazos, despavorido como el que ha visto una visión del otro mundo, e inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningún ser viviente hubiera turbado su éxtasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del antejo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba a sus labios una sonrisa más amarga que todas las lágrimas, una voz dulcísima suena a su espalda, y llega a sus oídos un acento de tierna compasión, que exclama: ¡Pobre Luciano!...

Entonces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó también a celestial, y volvió la cabeza aguardando otra visión. No se engañó. Era la voz de un ángel; la criatura más hermosa le llamaba; era una joven más pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin duda habían seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasión había vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió a él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo; y Luciano cedió a él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la Peña de la Cruz, y siguió a la hermosa; pero no contestaba a su acento ni a sus amorosas miradas. Ella le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus labios entreabiertos; al sentir fría aquella mano que tenía asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima también era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazón de Luciano como el rocío a una planta agostada. Su sangre volvió a circular con más libertad; las rosas volvieron a colorear sus mejillas; las ideas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexión natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, sino con el fuego de la pasión, si a lo menos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasía la misteriosa impresión de la figura de plata.

El pensamiento a su vez se apoderó de ella para adivinarla; pero inútilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las explicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razón se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarrón de azófar sobre la cabeza de una aldeana, o un segador empuñando la afilada guadaña: su mente despavorida no podía comprender cómo objetos comunes causen una impresión tan mágica y durable. Lo fue sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar a lo menos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire más extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecían fantásticas larvas. Los cantos de alegría no cesaban, y aquellas voces las oía él como de una región remota. Hablaba a su hermosa compañera, a veces con fuego como si estuviese al

lado de su querida, y otros momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus impresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase aún ser de otro mundo, o a la sombra de una persona muerta.

En tanto había pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercía toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban a la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con más estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrían todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen a despeñarse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban más a prisa, como acontece en la vida. Luciano había anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto a la Peña de la Cruz, y volvió a herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunión no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles más corpulentos, aquellos sotos extensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada sucesión de días bellos: hay además en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió a participar de aquella dulce electricidad. Reclinado a la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y mirtos, a orillas de un fresco arroyo, viendo el mar a través de las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones más tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló más que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas; improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana; y la espesura del soto, ocultando la Peña de la Cruz, ponía un velo de tranquilidad entre su corazón y la figura de plata.

Tal vez contribuí a este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvían a su bella amante, antes esquivada: al fin sus mágicos atractivos le habían alucinado: la hablaba con todo el fuego del amor, y la hablaba sinceramente. A la caída de la tarde llegó paseando solo con ella a la fuente del arroyo, y la tenía casi abrazada. La infeliz, que se veía correspondida, extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia más seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caía la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se, escondía entonces en los mares, parecía una víctima inmolada ya para siempre al imprudente joven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebato de un momento era más vivo en su pecho que el efecto de una pasión arraigada; su voz se había anudado a la garganta, sus manos asían a su amante con una fuerza volcánica, y sus labios se inclinaban sobre los de aquella criatura que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía a huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba también; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la

ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresión enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsión ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazón que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frío; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresión funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver. -«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!» -Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo a su amante, como si fuese a precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse a la gente, no se hablaron más, y anocheció.

- II -

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias. la apetece; todos los dolores se avivan a su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. También la agitación de Luciano creció con la noche; también brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodean en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar a su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas, imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festín. A su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deseo, era un tormento; aquella agitación un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazón del joven, a medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hacia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, o buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero estos pronósticos estaban sólo en su corazón. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía a los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aún cantaban alborotados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía a través de los campos un camino de plata.

Luciano llega, y se prepara a salir para la aldea de Eulalia. Otras veces gustaba de atravesar el valle a pie como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Ármase cual si hubiese de luchar contra algún contrario;

ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte: sube en un caballo más negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido y denodado corro un antiguo paladín que corriese a escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía; y este terror se disminuyó también. Al verse armado y corriendo en su fogoso bridón, se cree superior a todos los riesgos, a todos los enemigos, a todos los rivales; y sus esperanzas vuelven a ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasasen por el campo creerían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando a veces, tenía algo de funesto: diríase que el genio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creerían también ver la figura de plata.

A alguna distancia de la casa de Eulalia moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la aldea. Aquellos campos no son desiertos como los demás, de España, donde de noche no hay más que sombras. Allí se descubren por todas partes casas aisladas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por do quiera labradores que se llaman a gritos, niños que lloran, dos amantes que hablan bajo un árbol, o un anciano que vuelve a su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el río golpea sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el labrador ahuyenta al jabalí, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan también a estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, o el lento pulsar de la agonía.

Era ya entonces media noche, y nada se oía. Sólo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fatuos manojos de paja encendida, que sirven de antorchas a aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban también con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos a los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la Iglesia de la aldea. Él no era supersticioso: había tal vez mucha religión en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era más bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensación que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entonces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la Iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. A través de aquel resplandor pasaba a veces una sombra informe que le eclipsaba, Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia, que despertasen y revoloteasen por su imaginación despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la Iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo... Síguelos un resuello profundo y fatigado... Luciano se hiela; su cabello se eriza; su sangre se para. -«No hay duda, exclama; las tumbas se abren... Oigo ya el ronquido de los muertos...» -Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían a cada momento.

-«¡Sí, continúa sin aliento!; Hoy me persigue un genio infernal... Hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis pies. Mansión de la virtud y de la inocencia, mansión de Eulalia, protégeme... Escóndeme... Ya no busco en ti el amor... Busco el amparo; busco... ¡La calma!... ¡Eulalia!... ¡Eulalia! Líbrame de las iras del cielo...»

Eulalia ya podía escuchar sus plegarias... Luciano está a sus umbrales... Detiéndose un momento, y aplica el oído con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar también rumores siniestros. Pero nada oye: en aquella mansión de vivos reinaba más tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodea la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra, por cuyos puntales solía trepar a la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la da el pavor, el sobresalto. Huye más bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede a su impulso, como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia... ¡Santos cielos!... A la escasísima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, en medio del aposento, aquel extraordinario brillo... La espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza a ella, y no la halla; ya no la ve; desapareció. Cree, no obstante, percibir más cerca otra blancura se aproxima asustado... Pero ¡ilusión! ¡Delirio dulcemente desvanecido! Es el lecho de su amada; el lecho donde Eulalia dormía, es el que detiene sus pasos... El tacto sólo de la almohada donde reposa su frente templó el ardor de su pecho y hace una revolución en su fantasía. Poco antes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi extraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le conmueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entonces no era capaz de transportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contemplaba a oscuras a Eulalia como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

«Duermes, dulce adorada mía, duermes, exclama... Duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad... Duermes, y me esperabas... Ni la inquietud te desvela, ni el amor... ¡Ay! No... Yo no estoy celoso de tu sueño... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos... Tu sueño no es el de la indiferencia, sino el de la virtud... Y a mí me cercan los terrores del delito... Sí... Yo soy criminal... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto... La inocencia duerme... ¡Qué tranquilamente!... Casi no se oye su aliento... Reposas, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré... Ese sueño te hace sagrada... ¡Para siempre!... Sí... Yo quiero ser virtuoso... Yo expiaré mi crimen... Ese sueño me revela un gran secreto... Yo te amaré como tú me amas... Yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño... Lo juro... Sí... ¡Lo juro!... Por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina; lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas, que aún me estremece... ¡Y por

tu sueño!»

Diciendo así, había tendido la mano sobre el pecho de Eulalia en ademán solemne, como para confirmar su juramento; y el cielo puso también en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos toparon una cruz... Y como si esta cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos a esta luz, y nada vio: sintió solamente que un ser humano había penetrado en la estancia. Este ser dio un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve a cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caído de rodillas... ¡Ah!... ¡Quisiera haber quedado ciego en aquel momento!.. Pero al fin cede a su destino, y mira otra vez... ¡Mirada funesta!... ¡Visión terrible! Ya está patente tu misterio... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud... Encantos de la hermosura... Todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real... Las voces del templo tienen eco... La inquietud de Luciano ha cesado... ¡Su juramento se ha cumplido!... Eulalia... Eulalia allí está... ¡Pero está muerta!... su cadáver yace tendido en el negro féretro... Y a su cabecera brilla y centellea ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenía otra mano entre sus manos, la que había hallado sobre el seno de Eulalia. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente a aquella cruz de plata, y a aquel rostro de cera. Su color era más pálido que el de su amada, y estaban más desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulalia reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulalia no era más que un cadáver; pero Luciano parecía un alma réproba que se presenta ante el Supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y quedar allí muerto.

Pero estaba inmóvil. Sólo algunas veces apretaba a su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus labios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto. «No turbaré tu sueño... ¡Lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas!»

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que había entrado en la estancia de Eulalia, otros cien gritos de pavor habían respondido, y Luciano sentía que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferían no se atrevieron a entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones: un sacerdote las dirigía, y prosternadas a la puerta de la estancia, respondían en alta voz a sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éxtasis aquella espantosa gritería: en medio de sus confusas plegarias distinguía solo: «¡Jesús, Jesús, Jesús!...» Y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacía llegar a su alma estas tremendas palabras: «Huye, espíritu de perdición; huye, enemigo infernal, a tus eternos abismos.»

«Ya huyo, dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pie... ¡Ya huyo!» Y a este acento cadavérico, a este aullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prorrumpieron en un ¡ay! mil

veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un genio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos, se despertó en medio de su terror un sentimiento de ternura. Inclínose respetuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil, ceñida de flores como la de una víctima santa, y un transporte de amor fúnebre ardió en su corazón. -«Oh hermosa mía, exclamó, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto... Ven a mis brazos, cadáver adorado... Mis últimas caricias no turbarán tu inocencia... ¡Ni tu sueño!»

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulalia, y estrechó a su pecho aquel seno que no palpitaba ya... En aquel abrazo aún había ilusión de amor, aún había sombra de placer... Y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fue un grito de terror... Sus labios se inclinaban sobre los labios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y volvió a sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus labios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió a poner la cruz sobre el pecho de Eulalia, y volvió a exclamar en alta voz: «Ya huyo, ya huyo... No me atormentéis más, voces del cielo... Ya os dejo a Eulalia... Ya no turbaré su sueño... ¡Ya huyo!...»

Y huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces ¡Jesús, Jesús! atronaban sus oídos, y le empujaban afuera del funesto aposento. El último objeto que vio aún al descender, fue el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar..., No. Él hubiera permanecido toda la noche al lado de aquel cadáver; hubiera gozado en su desesperación; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulalia, como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputación permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexión era sin duda más fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Había visto a su amada: faltábale ver a su víctima.

Siguiendo el camino de la Iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entonces, en vez de repelerle, le fascina, y le atrae como los ojos del dragón. Corre despechado, como un guerrero vencido ya, que busca la muerte; empuja la puerta del templo, y entra... No ve fantasmas, ni cadáveres... Un hombre está solo en medio de la Iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los ataúdes. A su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas... Una sólo está encendida... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenía en su mano una botella, y bebía tranquilamente, cual si estuviera en un festín. Aquella tranquilidad era espantosa; parecía un genio de muerte sorbiendo a todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel ser tan familiarizado con los muertos, se aterró a la vista de un vivo: sobrecogido delante de Luciano,

que se acercaba silencioso, corrió a echarse a sus pies.

-¿Quién sois? dijo Luciano con voz seca. ¿Qué hacéis, aquí a estas horas?

-Señor, respondió todo temblando el hombre del templo; soy... Un pobre... Soy... Ya lo veis... (diciendo esto le mostraba una sepultura abierta.) Todo el día estuve ganando mi sustento en el campo... He tenido que hacer esa sepultura de noche... Ahora mismo:... Estaba descansando de mis fatigas... Soy un pobre, señor...

-¿Y para quién es esa sepultura?

-Para Eulalia...

-¿Y quién mató a Eulalia?...

-¿Quién la mató? Señor... Nadie... Ella... Dios... Una fiebre...

Un pesar...

-¿Un pesar?...

-Sí, dicen que un joven, un caballero...

-¿Qué?...

-Un joven, un caballero la seguía. Sus padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron... ¡Oh señor! con mucha razón;... Con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se había apoderado de la joven... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas... Pero al fin... ¡Dios se la llevó!... Sus padres volvieron a reñirla, y a castigarla, y a encerrarla... Y mañana la enterraré. Murió en tres días... Murió de pesar;... Pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció también. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la Iglesia, se adelanta a la vacía huesa, y se prosterna. ¡Entonces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento había experimentado los terrores de la imaginación, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen. Aquel instante fuera, del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí había un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito sólo hallan alivio ante Dios. Oro, sí.

-Oraba con toda el alma, con todo su ser. Sus ojos medían toda la profundidad de aquel sepulcro; su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo: «No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mía, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazón homicida. Gran Dios, ya sé porqué son delitos las pasiones... Ya estoy horriblemente convencido; pero ya estoy castigado. ¡Eulalia, ruega por mí! Mira cómo se elevan al cielo las manos que excavaron tu sepulcro... Mira cómo le riegan con sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte.»

Lloraba entonces en efecto; lloraba a torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No había llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sino en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él había también ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito a Luciano, le advirtió que ya

se veía la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo, y se fue lentamente al albergue de su colono, que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas tremendas palabras: «No turbaré tu sueño.» Estremeciéndose, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vio amanecer; vio la alegría de la naturaleza, con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él sólo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodillóse, y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente a él como la de un niño a la luz; pero tampoco le vio. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre, sus ojos hallaron la Peña de la Cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del día anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Había vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un día bello de su juventud, sino como un moribundo a quien atormenta la imagen de sus antiguos placeres.

Las campanas volvieron a sonar, y se levantó. Pensaba asistir a las exequias de Eulalia, y se dirigió a la Iglesia. A pocos pasos llega a sus oídos un canto fúnebre, y una bandera negra ondea a través de los árboles. Adelántase... Mas ¿por qué vuelve la cabeza de repente? ¿Por qué desaparece apresurado? ¿Por qué huye por los campos como un malhechor? ¿Por qué ve despavorido sombras y espectros en derredor de sí?... ¡Ah! Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata... ¡Y no pudo mirar más!...

.....

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fue más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razón, pero la alegría... No. Aquella noche tiñó de negro toda su vida.

Jamás se le vio después en un festejo; jamás mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paseos volvió a la aldea de Eulalia. Pero algunas mañanas trepaba a la cumbre de donde había dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veía en el puente, en la playa, o en la vega, mirando absorto la Cruz de la Peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistía a los funerales. En las noches oscuras del verano las aldeanas solían oír entre las arboledas un canto dulce y lúgubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Había puesto a la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas... Y no dio otros besos en su vida.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

